

— ¡Os lo juro!

— ¡Pues bien! quedais satisfecho; ¡firmo! caballero.

M. Maury Duquesnel se abalanzó sobre el papel como sobre una presa y lo guardó en su pecho como si hubiese temido verlo volver á tomar.

— Y ahora, señora, si no os salvo, pereceré; consideracion, fortuna, todo lo sacrificaré. Y de nuevo os hago este juramento solemne de traeros una rehabilitacion y no una gracia.

Hecha esta última afirmacion, se lanzó hácia el corredor, descendió las escaleras precipitadamente, atravesó el patio como un huracan, saltó á través de la puerta de la prision, mas bien que la pasó, y sin tomar tiempo de pasar á su casa, donde probablemente habia prevenido, corrió á la casa de postas, en donde estaba ya enganchado un coche.

Por lo que hace á la condesa Elena, continuó su triste vida de prision; pero desde entonces un rayo de luz iluminaba el patio sombrío. A veces dudaba, no de la adhesion de su inesperado protector, sino de su poder; sin embargo, estas alternativas de desaliento y de esperanza eran ellas mismas la vida. Por otra parte, ¿no estaba allí José, repitiéndola diez veces, veinte veces, cien veces por dia las entusiastas seguridades del magistrado?

— Si os lo ha prometido, señora, es porque lo hará, no lo dudeis, exclamaba.

— ¡No! no lo dudeis, señora, puesto que José lo afirma, repetía la dulce voz de Rosa.

Y la señora, en efecto, sonriendo y acariciando las cabezas rubias de los dos jóvenes sentados á sus piés, algunas veces comenzaba á no dudar.

XV

LA REHABILITACION SUPREMA.

La ausencia de M. Maury Duquesnel duró cosa de una semana... un siglo de dudas y de incertidumbres. Las horas no estaban ahora vacías, sino que corrían llenas de esta idea: — ¿Puedo ser salvada? y por esta pregunta: ¿Lo seré? A medida que los dias se acumulaban sobre los dias, esta cuestion que Elena se presentaba incesantemente á sí misma se hacia mas apremiante, mas abrumadora, y en las horas de desaliento que seguian siempre, por una reaccion natural, á las horas de entusiasmo en que Rosa y José le habian hecho participar de su confianza, casi llegaba á deplorar la impasibilidad mortal de su abatimiento primitivo.

En fin, llegó de vuelta de su viaje el magistrado. Rosa y José estaban allí cuando el llavero anunció su visita. ¡Este minuto iba á decidir de su destino! ¡Oh! ¡este minuto tan largo tiempo deseado, cómo hubiera querido ella retardarlo

ahora para siempre! Todas las contingencias desfavorables se presentaban en tropel y solas á su espíritu; y ella que tan á menudo y que aquella misma mañana se quejaba de la lentitud de M. Duquesnel, exclamó:

— ¡Cómo ha regresado tan pronto!

Oyóse un paso presuroso en los ladrillos del corredor, la puerta se abrió, y M. Duquesnel entró. — Estaba radiante, y dejándose caer en su sillón, Elena pensó:

— ¡Estoy salvada!

Rosa y José, aunque deseasen, — ¡y con qué ardor! — conocer lo antes posible la noticia que traía, hicieron ademán de retirarse por discrecion, pero el juez los retuvo con el gesto.

— Señora, dijo, dirigiéndose á Elena, mis diligencias han tenido el éxito que esperaba. He obtenido el honor de una audiencia de Su Majestad, y desde hoy, las puertas de esta prision pueden abrirse delante de vos.

Por un movimiento entusiasta, Elena se habia arrojado á sus piés, y cubriendo su mano de lágrimas, balbuceaba:

— ¡Sed bendito! señor, ¡sed bendito!

— Esperad, señora, prosiguió M. Duquesnel, obligándola, con dulce autoridad, á que volviera á sentarse; hé aquí vuestra gracia firmada por la mano misma del rey. Pero os he prometido una rehabilitacion solemne. Vengo hoy á ofrecéroslo, no teniendo derecho á imponéroslo.

Hubo un corto silencio. Y como Elena no respondia, M. Duquesnel continuó con ligero embarazo.

— Eras libre, señora, rica, honrada. Estos tres bienes, los mas grandes de todos, mi fatal acusacion fiscal os los hizo perder, y yo creo de mi deber el devolvéroslos. La libertad, la bondad del rey me permite devolvéroslo; en cuanto á la fortuna y al honor, yo no puedo mas que entregaros la mia y el mio.

Y como ella, azorada, no comprendia todavía, añadió:

— ¿Queréis aceptar la mitad de mi nombre? No es brillante; pero os juro que es el de un hombre honrado.

— ¡Sí, sí! exclamó, ¡del mas honrado, del mas noble, del mas generoso de los hombres! pero me he jurado á mí misma que, muertos mi marido y su pobre hermano, no llevaria jamás el nombre de otro hombre. Luego, lejos de rehabilitarme, vuestra abnegacion no haria mas que perderos conmigo... Se diria... ¡qué sé yo! Se atribuiria á algun motivo vergonzoso, muy lejano de vuestro pensamiento y del mio, vuestros pasos en mi favor. Estos pasos, caballero, siento que los hayais dado; lo que temia ha sucedido. Es por gracia y no por justicia que saldré de aquí. ¡Ah! Dios me es testigo que hubiera preferido morir en esta prision con la conciencia de mi inocencia, á verme libre con la conviccion horrible que, pidiendo gracia, yo me he reconocido culpable por este mismo hecho.

M. Duquesnel estaba como anonadado por esta queja resignada.

— Sí, señora, lo confieso, dijo, he sido imprudente; pero no habia otra senda de salvacion. Por lo demas, yo no he tenido que suplicar en vuestro nombre. He hablado con la cabeza muy erguida. Su Excelencia el ministro de Gracia y



La mujer misteriosa.

Justicia y Su Majestad han quedado convencidos por mí. No es un acto de clemencia el que han creído hacer, sino un acto de merecida justicia. No soy yo, no obstante, quien intentará vencer vuestros escrúpulos, cuya delicadeza aprecio. Hé aquí la otra proposicion que he sometido á vuestros augustos protectores, y que han aprobado.

En este momento M. Maury Duquesnel se apercibió de la presencia de Rosa y de José, que se habian retirado á un lado por discrecion. José comprendió sin duda la mirada que el magistrado le dirigió, pues tomando de la mano á Rosa, la llevó hácia la puerta, y haciendo seña al llavero para que viniese á abrir, salió con ella.

La segunda conversacion de Elena con el magistrado fué larga. Lo que se dijeron, jamás ha sido revelado. José no oyó mas que las últimas palabras que fueron pronunciadas por la condesa en el momento en que M. Maury Duquesnel se despedia de ella para no volverla á ver:

— Caballero, le dijo Elena con un tono lleno de gratitud infinita, en lo que á mí me concierne, yo no podia ni debía aceptar vuestro sacrificio. Pero puesto que queriais dar vuestro nombre á la madre, prometedla que trasladareis á la hija vuestra generosa proteccion. Esta promesa hará mi pena mas llevadera, y es el solo consuelo que podeis darme en lo sucesivo.

— ¡Qué! exclamó José, ¿pero entonces?

— Entonces, respondió tristemente el magistrado, esta noble mujer ha rehusado la gracia que le traía. La gracia no era aun pública, y la he rasgado.

Desde esta entrevista, la última que tuvo con M. Maury Duquesnel, la señora de Rancogne se dejó apoderar de la taciturna desesperacion de los primeros tiempos.

De dia en dia se hacia mas sombría, como una niebla que incesantemente se espesara y acabara por envolver toda la naturaleza en los pliegues de su mortaja.

Rosa y José también, á despecho de su absoluta adhesión, no se sentían ya con valor para obrar contra esta horrible tristeza.

Sin haberse comunicado sus impresiones, estaban llenos de lúgubres presentimientos que no debían, por desgracia, dejar de realizarse. Cada día, la señora de Rancogne iba debilitándose con las mordeduras de la pena incurable que le roía el corazón.

No había trascurrido todavía una semana desde la visita de M. Maury Duquesnel, cuando se vió obligada á guardar cama. El médico de la prision diagnosticó una enfermedad de languidez. Nada fué economizado para salvar los miserables restos de esa existencia sacrificada á la desgracia. El doctor Ozam, una de las celebridades parisienses, fué llamado por M. Maury Duquesnel. Él también fué conmovido profundamente por la grandeza noble y sencilla de su enferma.

El doctor Ozam se vió obligado pronto á declarar que todos los cuidados serían inútiles. Los accidentes de la enfermedad no eran en verdad de los más graves, pero el decaimiento general era inmenso. Era el foco mismo de la vida el que se extinguía.

— Os salvaré ciertamente, decía el doctor, si deseáis vivir.

Pero ella, sacudiendo la cabeza con una pálida sonrisa, parecía responder:

— ¿Para qué?

En toda la ciudad no se hablaba sino de la *santa criminal*. Era como un llamamiento de celebridad en torno de su nombre.

— Muere como una mártir, decían unos.

— Sí, respondían otros; pero ¿cómo ha vivido?...

En cuanto á M. Maury Duquesnel, se apoderó de él súbitamente una melancolía singular. No era, sin embargo, por falta de ver logrados sus planes de ambición (la sola pasión que se le conociese), pues en el mismo año fué nombrado primer presidente de la Real Audiencia de Burdeos. Pero no ocupó sino poco tiempo esta alta posición. Murió el año siguiente, sin que ningún doctor pudiera encontrar una razón apreciable á la repentina disolución de una organización tan poderosa.

Una mañana la capilla de la prision se abrió para el público. Toda la ciudad quiso asistir al servicio fúnebre de la condesa Elena de Rancogne. Se hubieran podido reconocer, arrodilladas sobre las sillas de paja, las lindas curiosas que en otro tiempo habían seguido con tanto interés los debates de su proceso.

M. Maury Duquesnel estaba presente en la ceremonia. Se mantenía tieso, pálido y frío. Hubiérase dicho que estaba allí para representar, hasta el fin, la justicia humana, y lanzar una requisitoria contra el ataud.

La muchedumbre se ocupaba también mucho de Hércules Champion, de luto rigoroso, así como de Matifay, su compadre. Se mostraba con el dedo á una niña vestida ya de negro, en brazos de la nodriza.

— ¡Es su hija! se decían al oído; ¡pobre niña!

Pero los únicos seres profundamente conmovidos, eran Rosa y José. Lloraban silenciosamente colocados detrás de una columna, y sus vecinos, sorprendidos de tal expansión de dolor, se preguntaban todos por lo bajo:

— ¿Quiénes son estos?

Entonces las personas bien informadas — ¿y dónde no las hay? — reconocieron á Rosa.

Estos dos fieles servidores acompañaron solos el ataud al lugar reservado á los condenados. Solos no; el doctor Ozam había querido también cumplir este deber en honor de su enferma. Se acercó á Rosa á la salida del cementerio, y habló despacito con ella durante algunos minutos.

¿Era que las lágrimas se habían agotado? no lo sabemos; el hecho es que después de esta conversación, Rosa cesó de repente de llorar.

En la semana que siguió, los diarios anunciaron que Elena de Roumieux, viuda del conde de Rancogne, había sido agraciada. Gracia tardía que no recaía ya sino sobre una tumba.

Habían trascurrido apenas dos días desde el entierro de la señora condesa Elena de Rancogne.

Un coche de posta se detuvo delante de la principal fonda de Ambazac; el carruaje contenía dos viajeros.

Un hombre joven todavía, pero cuya frente pensativa coronada de raros cabellos rubios rizados, denunciaba las vejeces artificiales causadas por el estudio y la meditación.

Al lado de él un adolescente, cuyo ojo profundo dejaba ver un mundo de aspiraciones, de desilusiones, de proyectos, de venganzas quizás:

El doctor Ozam y José eran estos dos viajeros.

El coche se detuvo, y mientras los palafreneros cambiaban los caballos, cuyos cascabeles resonaban á través del patio, el doctor, cogiendo la mano de José, le murmuró: ¡Esperanza!

Hizo una seña al dueño de la fonda, que se adelantó precipitadamente, y después de una conversación en voz baja, desapareció bajo el pórtico de la posada.

Cinco minutos después, la carretela estaba enganchada, y el postillon ó delantero en su puesto; dos mujeres, descendiendo lentamente los escalones del pórtico de la fonda, vinieron á tomar asiento en el carruaje.

José sentía el corazón oprimido de singular angustia.

Una de estas mujeres era Rosa. Su compañera, cubierta con el largo tupido velo de las viudas, ¿quién era?

No se atrevía á interrogar, pero la viajera enlutada, abriendo un libro de oraciones que tenía en la mano, leyó en alta voz este versículo de los santos Evangelios:

« Y Jesús, inclinándose en el borde de la huesa, gritó:

» — Levántate, Lázaro.

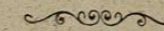
» Y Lázaro se levantó. »

El postillon hizo chasquear el látigo, sonaron los cascabeles, y los caballos partieron al gran trote.

En la carretela reían y lloraban á la vez.

PRIMERA PARTE

Las Miserias de los Ricos.



I

LA AZUL Y LA BLANCA.

El patio principal del convento de B... era un extenso patio sombreado por tilos. Las pensionistas del convento, en grupos de cinco ó seis, corrían allí, jugueteaban, saltaban y gritaban como una bandada de pajarillos escapados de un jaulon, mientras que las religiosas encargadas de vigilarlas y cuidarlas, recitaban su rosario paseándose á la sombra de los árboles.

En un rincón de este patio veíanse sentadas en un banco de piedra, á la sombra de un castaño de Indias, cubierto ya de verde follaje, á pesar de la estación poco adelantada del año, dos jóvenes solitarias.

Aunque á primera vista pudiese tomárselas como dos pensionistas iguales, después de un segundo examen, echábase de ver inmediatamente por mil diferencias desapercibidas al principio, así en sus trajes como en sus modales, que cada una de ellas pertenecía á una clase bien diferente de la sociedad.

La una llevaba, suspendido al cuello, el lazo de seda azul, que era el distintivo de las *grandes*; la otra, aun cuando su edad fuese, poco más ó menos, igual á la de su compañera, no tenía alrededor de su garganta sino la cinta de seda blanca, que distinguía á las *medianas*.

La primera, la del lazo y collarín azul, era una adorable joven rubia de diez y siete años. La finura aristocrática de sus manos, la forma de sus pies y las ondulaciones de su garganta, eran otras tantas señales evidentes de raza. Debía ser rica, porque su vestido de seda, aunque sencillo, lo indicaba. La otra joven, morena, tan hermosa como su compañera, pero de una fisonomía ó hermosura más vulgar, estaba vestida con el traje de sarga ó lanilla, que era el traje de reglamento, y como el uniforme de las pensionistas del convento; y mirando sus lindas manos con cuidado, se apercebían, en las puntas de sus dedos, algunas picaduras de

la aguja, lo que hacía presumir que la costura y el bordado no eran para ella una simple distracción, ó un estudio, sino un medio de ganarse la vida.

En efecto, Ursula Durand, pues así se llamaba esta joven morena, siguiendo el curso de las *medianas*, pagaba su educación y sus alimentos trabajando en la lencería de la comunidad, al paso que la señorita Cipriana de Puyssie, la otra joven rubia, era una de las glorias y el orgullo de las educandas del colegio.

Las dos jóvenes, sin embargo, la aristocrática señorita y la humilde costurera, conversaban familiarmente con aquel abandono tan propio de la primera edad. Las dos eran íntimas amigas, amistad que se explica por la circunstancia de que en el convento de B... no se admitían pensionistas más que hasta los quince años; y solamente Cipriana y Ursula, bien fuese por negligencia de sus padres, ó por alguna otra razón que más tarde sabremos, habían, por excepción, continuado viviendo en el convento mucho más tiempo después de aquel en que, por lo general, las familias ricas sacan sus hijas de él para acabar de darles en casa una educación más completa, y más adecuada á los usos y costumbres mundanos que los de las buenas religiosas. Es verdad que á Cipriana nada le había faltado bajo este aspecto, porque habían venido de fuera diferentes maestros á enseñarle todos los artes de adorno y de recreo que no estaban comprendidos en el programa de enseñanza del colegio. Ursula, sin duda, debía pertenecer á una familia pobre, incapaz de hacer los gastos necesarios para darle una lujosa educación.

De modo que por la indicada circunstancia excepcional, según y conforme iban saliendo del colegio al adelantar en su edad las demás compañeras, Cipriana y Ursula se habían ido estrechando más en su amistad. Hacía ya más de dos años que la última de sus amigas les había dicho aquel «hasta más ver» del colegio, que la mayor parte de las veces es un «adiós» eterno, y se habían encontrado ser las únicas de su edad en medio de aquel rebaño de niñas.

La identidad de su suerte, tan distinta á primera vista, no era lo que menos había contribuido á la unión de estas dos almas tan bien dispuestas para amarse. Ursula no conocía más personas de toda su familia que una prima casada que se llamaba madama Celina Morel. Esta mujer, joven y her-